

REFLEXIONES SOBRE LA CATEGORÍA DE ADVERBIO EN PROTOINDOEUROPEO

I. DEFINICIÓN

Para limitar el campo de las formas a las que nos vamos a referir será preciso, en primer lugar, especificar qué entendemos por adverbio, en qué momento concreto de la formación de palabras en indoeuropeo lo colocamos como categoría independiente y en qué relación funcional se encuentra con las demás clases léxicas, y, por otro lado, qué rasgos caracterizan formalmente a este grupo, tanto frente al resto de las categorías invariables como frente a aquellas que cuentan con una diversificación interna de carácter morfosintáctico (paradigma), concretamente los sustantivos y pronombres.

1.1. Es comúnmente aceptado que una serie de elementos invariables, que en protoindoeuropeo eran autónomos y podían modificar a sustantivos y verbos, aparecen atestiguados históricamente en las lenguas particulares como tales adverbios, o bien como preverbios o prefijos, o especializados en la expresión de la relación del sustantivo con el verbo, y entonces reciben el nombre de preposiciones, aunque con frecuencia sean sólo variantes fonéticas o incluso formas apocopadas de los adverbios en sentido propio. A estos usos hay que añadir algunas conjunciones de subordinación de difícil esclarecimiento, que entran en una competencia distribucional con el adverbio, o sea las temporales y locales.

Por tanto, nuestro estudio se refiere fundamentalmente a las palabras que en sincronía encontramos repartidas por todo este abanico de categorías. La exclusión de otras conjunciones y de las partículas iniciadoras

de frase viene dada por su vertiente funcional, puesto que no modifican palabras, sino que sirven para coordinar, jerarquizar sintácticamente o añadir matices a frases enteras.

1.2. También el significado distingue al grupo que estudiamos; lo que llamamos adverbios posee en general un contenido ontológico o déictico que restringe al de lo modificado y que falta, por ejemplo, en las conjunciones.

1.3. El tercer aspecto distintivo es el formal. Nos referiremos normalmente a formas de origen nominal y pronominal, pero éstas últimas ya no en su aspecto originario, sino alargadas por otras cuya naturaleza es lo que es necesario determinar. Es pertinente mencionar aquí que son precisamente las formas puras pronominales las que se acaban especializando en la expresión de conjunciones, principalmente coordinantes, y partículas en inicio de frase, mientras que a las categorías sintácticas cuyo estudio nos interesa suelen corresponderles de hecho secuencias fónicas mayores. Precisamente nuestra investigación se centra en la necesidad de definir las fases en que se han podido producir estos alargamientos y las conexiones con otras categorías en el proceso que conduce a la situación que conocemos en la lenguas históricas.

II. OPINIONES TRADICIONALES COMÚNMENTE ACEPTADAS

2.1. El primer problema que se plantea al enfrentarse con esta cuestión es externo a la misma, pero no por ello menos importante: se trata de la casi total inexistencia de un marco teórico en que basarse para modificarlo, actualizarlo o negar su validez; la historia del adverbio se concibe tradicionalmente como la del desgaste de otras categorías; su esencia, la de un elemento residual, subordinado cronológicamente, como veremos, a aquellas y por tanto, merecedor de poca atención o ninguna.

Los manuales generales de lingüística indoeuropea que aún están al uso no suelen hacer la más mínima mención del asunto: tal es el caso de Kuryłowicz, Mayrhofer y Cowgill (1968-1986) y de Szemerényi (1970). No menos desesperante es la ausencia común de apartados detallados sobre el tema en las gramáticas canónicas de las lenguas particulares.

Por otro lado, los escasos estudios monográficos sobre adverbios concretos o grupos de ellos que tocan cuestiones etimológicas casi nunca aprovechan la ocasión de conectar ideas innovadoras con la teoría general de la formación de palabras de la protolengua.

Lo que se extrae de los estudios tradicionales sobre el adverbio no es más que la aplicación inercial de las ideas positivistas sobre el estado prístino, completo e imperfectible de la declinación en indoeuropeo, que se tambalearon tras el desciframiento del anatolio; es más, el tratamiento de los adverbios ha sido el baluarte donde más pertinazmente afincada ha quedado esta visión.

2.2. Entremos, pues, a analizar algunos puntos significativos de la reconstrucción tradicional.

2.2.1. Según la idea más extendida, los adverbios de origen nominal proceden del desgaste funcional de alguno de los numerosos casos con que contó la flexión de las lenguas antes de ser víctimas del sincretismo por el que alguno de ellos acaparó las funciones de otros, que perdieron así su condición paradigmática y quedaron relegados a la de adverbios. Es el caso de los temas puros adverbiales provenientes de la flexión atemática, llámeseles casos indefinidos (cf. Hirt, 1927-37), antiguos acusativos (cf. Benveniste, 1935) o locativos, que es la denominación más común, a la vista de los locativos sin terminación del indoiranio. En otras ocasiones, como en anglosajón *-es*, desinencia de genitivo, se trata solamente de la extensión de una terminación aún paradigmática y entonces no hay duda posible sobre el origen de la forma. Los adverbios de origen pronominal se conciben igualmente como antiguos casos del paradigma pronominal.

2.2.2. En aquellos casos en que la terminación no puede considerarse como propiamente desinencial, sino que hay que admitir la existencia de un sufijo, caso de griego *ἄνωτέρω* o gótico *aftarō*, se suele atribuir también a la terminación del sufijo un origen desinencial, en este caso un ablativo.

2.2.3. La conclusión es la que ya adelantábamos al principio: el adverbio no existe en indoeuropeo, ni siquiera dentro de una teoría que participe del axioma de la perfección morfológica de la protolengua, y

sólo aparece como clase autónoma con la lenta descomposición del sistema en época histórica. Muy pocos son, entre los autores tradicionales, los que han intuido una falacia en esta pretendida subordinación cronológica en la historia del adverbio. Así, ya Whitney (1882, págs. 99-100) se expresaba con singular clarividencia:

No hay en última instancia distinción entre adverbios y formas casuales, como no la hay, más atrás en la historia del lenguaje, incluso entre nombres y verbos. Un caso es en última instancia un adverbio... La formación del caso es, pues, una división del más amplio apartado de la formación del adverbio, y no es probable que las teorías sobre el origen del sistema casual y sus desinencias tengan éxito hasta que presten la debida atención a la conexión entre ambas materias.

Poco más tarde, Hermann Hirt (1896, pág. 79), en un estudio sobre las leyes germánicas de abreviación final, concluye imprevisiblemente:

En la formación de adverbios parece que Jellinek considera todo posible y permitido, mientras que concede gran peso a las formas pronominales. Me permito oponer a esto mi opinión de que, bien utilizadas, de las formas adverbiales se puede extraer mucho, y poco de las pronominales. Estoy convencido de que la mayoría de los lingüistas estarán de acuerdo conmigo.

Desgraciadamente, pocos autores han estado de acuerdo con él en los últimos cien años, y se puede afirmar que muy pocas conclusiones, si alguna, de las extraídas del estudio de los adverbios, han servido para modificar la visión general del indoeuropeo; sí es frecuente, por el contrario, que el apriorismo morfológico haya determinado la aclaración fonética de adverbios dudosos para ajustarla al lecho de Procrustes que dejaron sentado los neogramáticos.

III. CRÍTICA DE LAS OPINIONES TRADICIONALES

3.1. El problema fundamental de la reconstrucción tradicional es el de la legitimidad de la identificación de determinados rasgos formales en las terminaciones adverbiales y su clasificación como elementos en su origen intra- o extratemáticos, es decir, diacrónicamente, derivacionales o flexivos.

3.1.1. En los adverbios de origen nominal, la primera falacia con que nos encontramos es la atribución a un adverbio de una terminación indoeuropea casual que ni siquiera aparece como tal caso en el paradigma de lengua alguna. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con griego *παράι*, que conservaría una antigua desinencia de dativo *-ai* que no existe en ninguna lengua dentro de un paradigma; a su vez la existencia de esta desinencia de dativo se infiere exclusivamente de los adverbios de este tipo y de los infinitivos griegos en *-μέναι*, con lo que todo el argumento se delata como circular. Incluso después de generalizarse la idea de que es *-ei* la desinencia de dativo atemático se propuso un indemostrable caso directivo para dar cuenta de estas formas, caso cuya existencia se sostiene incluso hoy en algunas escuelas, como la de Berlín.

Por otra parte, temas puros consonánticos del tipo griego *αίέν* se han tenido generalmente por locativos adesinenciales.

Sin embargo, en la mayoría de la lenguas donde están atestiguadas formas de tema puro éstas son claramente adverbios, a excepción únicamente de casos aislados en celta e indoiranio y sólo en temas en *-n*, donde hay ejemplos paradigmáticos, y en anatolio, donde éstos temas están funcionalmente en una situación intermedia (como ha puesto de manifiesto Villar, 1981).

3.1.2. En el caso, por fin, de los adverbios de origen pronominal, esperaríamos que las terminaciones sonánticas que aparecen en latín *tum*, *cūr*, antiguo indio *tár-hi*, gótico *hwar*, etc. fueran consideradas sufijos adverbiales, ya que no es pensable aquí que se trate de temas puros en sonante, según lo que sabemos de la formación de la flexión pronominal; sin embargo, una vez más se fuerzan los hechos para ver antiguos casos donde las terminaciones coinciden con las desinenciales conocidas y cuando no es así se inventa un nuevo caso, como hizo Bartholomae, 1889, seguido recientemente por Haudry, 1982, para *-r*, *-n*, y que da cuenta de una vez de formas nominales que nosotros consideramos temas puros y de las formas de origen pronominal.

3.2. No menos flagrante es la variable apreciación de la vertiente sintáctica y semántica a la hora de estudiar el adverbio:

3.2.1. Cuando la fonética se compadece convenientemente con la de alguna desinencia, se hace caso omiso de diferencias irreconciliables, llamando antiguos instrumentales a lo que en sincronía son locativos evi-

dentes y viceversa. Incluso para obviar esta falacia terminológica se llegó a emplear la etiqueta de «instrumental de extensión espacial».

En cambio, cuando, como sucede con frecuencia, se ha producido en una lengua coalescencia entre dos protoformas distintas, se acude a la semántica en busca de la solución definitiva, en detrimento a veces de hipótesis más convincentes.

Un ejemplo es el final *-ei/-ī*, fundido en muchas lenguas en *-ī*, que se retrotrae a uno u otro origen según sea en sincronía locativo o instrumental, a pesar de que en ningún caso se conserva el doble valor y de que no existe sino un único vocablo correspondiente en lenguas que sí distinguen las dos soluciones fonéticas, razones ambas para preguntarse si no se tratará de un único étimo con una especialización doble, geográficamente localizable y explicable, por un lado, en virtud de procesos idiomáticos o, excluyendo esto último, por la extensión de una amplia isoglosa en una de las dos direcciones funcionales.

Un ejemplo de esto es el caso de los adverbios interrogativos anglosajón *hwī*, latín *quī*, avéstico **čī* (modales) frente a griego *πεῖ* (local); se suele aducir como prueba de que el primer grupo procede de *-ī* indoeuropea el testimonio del avéstico; sin embargo, no aparece aquí **čī* como forma autónoma, sino en una crasis **čyáŋhat* 'cómo es que' (nuestra forma seguida de la 3ª persona del verbo «ser»). Se supuso que «cómo» estaba representado originariamente por una secuencia fónica **čī* a la vista de su sinónima *kū*; por tanto, no nos parece apoyo de valor para la reconstrucción de indoeuropeo **k^uī*.

3.2.2. De manera similar, es frecuente que por coincidencia fonética se hable de adverbialización de acusativos masculinos y femeninos, como latín *tum* o *quam*, cuando este proceso no resulta, en muchas ocasiones, directamente comprensible ni demostrable; es decir, se pasa por encima del hecho de que es imprescindible partir:

a) en primer término, de la existencia de un esquema sintáctico coherente, en que la terminación del adverbio en cuestión tuviera un comportamiento morfosintáctico activo, en el estadio anterior a su presunta pérdida de pertenencia al paradigma;

b) en segundo lugar, hace falta, si no tipificar, sí al menos tratar de dilucidar las circunstancias en que en este núcleo sintáctico donde se encuadra la forma se ha podido producir una adverbialización.

La combinación de ambos criterios hace sospechosa la adverbialización de casos gramaticales en general, ya que nos cuesta imaginar la si-

tuación contextual previa, las condiciones de evolución relacional entre sus términos y la razón última del cambio de pertenencia categorial que experimenta el caso. Una aproximación generativa al problema pretende solucionar algunos de estos casos aberrantes partiendo de incrustaciones oracionales (Watkins, 1965 plantea un esquema de evolución *nox* 'night' (nominativo) - *nox* 'it's 'night' - *nox* 'by night') con lo que se replantea la fosilización adverbial como aplicación de reglas de transformación, que afectan a toda la frase en que aparece el caso y tras las cuales los adverbios quedan como meros supervivientes de la situación anterior y mantienen una forma sincrónicamente inexplicable. El atractivo de esta explicación para casos como *nox* disminuye, sin embargo, ante la imposibilidad de explicar

a) por qué, en la mayor parte de los casos (no, es cierto, el de *nox*) no conservamos el resto del paradigma correspondiente a estos nominativos, al que esperaríamos encontrar funcionando normalmente en oraciones predicativas.

b) por otro lado, si entendemos que la motivación de la incrustación y reducción de una oración nominal del tipo de Watkins es la adecuación sintáctica a la oración principal de un determinado núcleo semántico, que queda adverbializado, parece quedar automáticamente excluida la fosilización de un caso gramatical pronominal por el mismo procedimiento.

3.3. Y si lo que hemos visto de la teoría tradicional es en conjunto, podríamos llamarla así, una equivocación formal y semántica de carácter «vertical» porque parte de la validez de premisas históricas de polémica base metodológica, no es menos importante lo que denominaremos «equivocación transversal», por la cual conclusiones sobre una forma dudosa adquieren carta de naturaleza de manera automática si en griego o antiguo indio hay una forma similar; por ejemplo, la etimología de gótico *air*, islandés *ar* «pronto» se acepta comúnmente que es **aiéri*, con una terminación de locativo *-i*, sobre la base de griego ἄρι (que tiene que ver con un heteróclito indoeuropeo **áier/*áien*) lo cual deja de tener sentido si se aceptan las etimologías alternativas de esta última forma, como **auséri*.

IV. CONCLUSIONES

4. En conclusión, se impone que a la hora de abordar un estudio global del adverbio se renueve, por un lado, la aplicación de conclusiones

extraídas de otras categorías, para lo que proponemos partir de un estadio pre- o al menos semi-flexional.

Y por otro lado, es necesario que esta propuesta teórica no conlleve en sí misma desde el principio, como la tradicional, el prejuicio de los resultados.

4.1. El conjunto de hipótesis alternativas a las tradicionales consta, en primer lugar, de una concepción distinta del análisis morfológico. Para ello proponemos que el estudio de un adverbio o un conjunto de ellos se base en el concepto de subsistema. Es decir,

4.1.1. Habrá que prescindir en principio de la valoración de las correspondencias interlingüísticas de una forma concreta cuando ésta pueda quedar inserta en un subsistema dentro de la misma lengua o familia, subsistema que se define por la identidad sufijal o lexemática de un grupo de adverbios dado.

4.1.2. Una vez obtenido el subsistema, cuyas formas, como decimos, participan de una parcial identidad formal, deben abstraerse los elementos comunes a todas ellas para reconstruir el subsistema inmediatamente anterior cronológicamente, y así sucesivamente hasta que la multiplicidad originaria, que sólo tenía en común aparentemente un morfema, se reduzca a un sistema cuya articulación interna sea explicable en términos fonéticos o morfológicos.

4.1.3. Abstraído a su vez este subsistema último, se puede ya hacer una comparación formal con los subsistemas parecidos hallados en otras lenguas o familias.

4.1.4. Desde el punto de vista semántico, la evolución de cada forma no puede estudiarse ya aisladamente como se ha hecho siempre, sino en función de las modificaciones internas del subsistema en el que se encuadra, el cual a su vez, en etapas previas a la diversificación formal y funcional de sus miembros, se pudo haber visto afectado por necesidades de ajuste del sistema general de los adverbios en esa lengua.

4.1.5. Pongamos un ejemplo: siempre se ha dicho que griego $\pi\omega$ y alto alemán $hw\bar{o}$ se remonta a un antiguo instrumental indoeuropeo $*k^w\bar{o}$ sin más. Sin embargo, de un estudio como el que propugnamos se deduce que la forma del alemán pertenece a un subconjunto de inte-

rrogativos invariablemente modales del germánico que, en la fase más antigua que podemos reconstruir, se pueden formular como un sistema simple de dos términos, a saber $*k^u\bar{o}(u)/*k^u\bar{e}(i)$ o $*k^ueH_3-u/*k^ueH_1-i$. En griego, del subconjunto al que pertenece $\pi\omega$ ($\pi\omicron$, $\pi\eta$, $\pi\epsilon\bar{i}$, etc) se puede deducir exactamente la misma situación original, sólo que todos sus miembros en esta lengua son locativos; por tanto la función originaria de las dos formas indoeuropeas es incognoscible, y el diferente resultado en griego y germánico es un fenómeno dialectal, condicionado por sus respectivos sistemas adverbiales y por la eventual necesidad de éstos de llenar casillas funcionales concretas a lo largo de su historia.

En consecuencia, de $\pi\omega$ y $hw\bar{o}$ se puede decir que son formas equivalentes, pero no que son la misma forma, puesto que no existió en indoeuropeo un adverbio único y aislado $*k^u\bar{o}$ procedente de un caso pronominal instrumental, ni se puede demostrar que ambas lenguas tuvieran y perdieran este instrumental en la flexión pronominal, sino que en ambos casos $*-\bar{o}$ es una de las variantes fonéticas de un morfema originario $-\bar{o}(u)$ o bien $-eH_3-u$ y por ello sólo en época de fragmentación dialectal debió empezar a sentirse como resultado independiente dentro de un conjunto múltiple que, como vimos al principio, procede de $-\bar{o}(u)/-\bar{e}(i)$ ($-eH_3-u/-eH_1-i$).

Pero ya para entonces sólo tiene en común, en apariencia, la base léxica a la que se unen.

4.2. Hasta ahora hemos hablado de la metodología del análisis morfológico y de sus consecuencias para la interpretación semántica. El segundo problema que se le plantea a una visión alternativa de la cuestión será la inserción de la categoría de adverbio en el marco general de la formación de palabras en protoindoeuropeo. Para ello aceptamos el principio de que éste es, en el sustantivo y el pronombre, un proceso dinámico de gramaticalización de formas y creación de categorías, y de que las desinencias de los casos oblicuos de locativo, ablativo e instrumental al menos tienden a entrar en el paradigma en plena época de fragmentación dialectal.

4.2.1. Si establecemos un corte sincrónico algo más atrás, cuando la flexión, aún en protoindoeuropeo, se hallaba en estado incipiente, encontramos que muchos temas puros nominales empezaban a funcionar como temas flexionales, mientras que otros eran desechados como tales y quedaban como formas invariables, tendiendo a entrar en el campo

funcional del adverbio, idea desarrollada ya por Villar (1974). Esto explica los temas puros nominales que veíamos antes, no ya como antiguos casos, sino precisamente como formas privadas de la posibilidad de constituirse en flexión.

4.2.2. Sin embargo, queda por dilucidar el problema paralelo que suscitan las formas pronominales alargadas como gótico *hwar* o latín *tum*, que no pueden ser temas puros como sus equivalentes nominales.

Pues bien, dado que estas formas nominales, utilizadas en la oración afirmativa, tenían que responder con frecuencia a formas pronominales interrogativas en función adverbial, o venían a ser recogidas por formas demostrativas anafóricas adverbiales en la oración siguiente, éstas tenderían paulatinamente a adoptar las terminaciones de aquellas, es decir, los antiguos sufijos en *-s*, sonante y laringal, que pasaron así del campo nominal al pronominal. Este proceso debió verse favorecido porque contribuía a la distinción categorial frente a la incipiente flexión del pronombre. El alargamiento en laringal vendría a explicar, más concretamente, los casos como **k^uē(i)/ *k^uō(u)* una de cuyas soluciones fonéticas era, como vimos antes, griego *πω* o alto alemán *hwō*. Si no se admite esto, el adverbio interrogativo, por ejemplo, sería una casilla vacía en indoeuropeo, puesto que es poco probable que elementos pronominales puros cumplieran funciones tan heterogéneas hasta época de dispersión dialectal.

4.3. De todo lo dicho se deduce que la categoría del adverbio no es subsidiaria de las de pronombre y sustantivo, sino que sus elementos de más antigüedad se polarizaron ya funcionalmente frente a los primeros casos de aquellas.

4.3.1. Consecuencia lógica es que, al igual que en época dialectal el número de los adverbios vino a verse engrosado con formas que sí procedían del paradigma nominal y pronominal, es posible que auténticos adverbios entraran secundariamente a constituirse en casos oblicuos de estos paradigmas.

Esto se ve claramente en formas pronominales oblicuas que se delatan por estar limitadas funcionalmente al género neutro y que no aparecen modificando al sustantivo, sino en función de sustantivos por sí mismas, como es el caso de los instrumentales del germánico occidental como alto alemán *diu*, que significa 'con lo cual' en referencia laxa a un suceso o acción, uso cuyas fronteras con el adverbial son más que difusas.

La confirmación de la no paradigmaticidad original de estos casos se produce cuando vienen a llenar una casilla vacía de una serie apofónica perteneciente a una única forma original, $*k^u\bar{o}(u)/*k^u\bar{e}H_3-u$ en el caso de *hwiu*, correspondiente interrogativo de *diu*, y cuyas soluciones, como se dijo al principio, son adverbios modales en germánico.

4.3.2. Un fenómeno de interconexión categorial, por otro lado, entre sustantivo y adverbio es la formación dialectal de temas de derivación nominal secundarios influidos por la existencia de un tema puro adverbial. Así, las lenguas germánicas crearon por separado nuevos temas sobre **aiw*, el sustantivo originario para «tiempo» mediante sufijos nominales productivos en cada una de ellas, pero en su mayoría son sufijos que empiezan por *-i* por atracción de un adverbio originario **aiwi* heredado del indoeuropeo.

4.3.3. No menos necesario es esclarecer el papel del adverbio de origen nominal a la hora de clasificar los antiguos tipos flexionales del indoeuropeo. Es bien sabido que, de los sufijos nominales que conservamos en todas las lenguas, sólo una pequeña parte aparece en los antiguos neutros, y otros faltan por completo o comparten su situación de temas derivacionales con otro sufijo dentro del mismo paradigma, en lo que conocemos por heteróclisis. Ese es, en resumen, el caso de *-i*, *-r*, *-n*, y el más abstruso de vocales largas y diptongos, por obviar el problema de los temas en oclusiva. Es decir, no existen prácticamente en las lenguas indoeuropeas antiguos neutros, con correspondencias, cuyos temas flexionales tengan uno de estos sufijos a lo largo de todo el paradigma. El destino, por ejemplo, de los temas nominales neutros en *-i* se ha intentado buscar incluso en formaciones verbales, como los aoristos pasivos en *-i* del antiguo indio (cf. discusión en Beekes 1986) pero, a nuestro modo de ver, la solución es más sencilla:

4.3.3.1. En la etapa de creación de la flexión, algunos sufijos perdieron, como vimos arriba, la posibilidad de convertirse en temas derivacionales, quedando en una situación funcional, desde el principio, próxima a la del adverbio.

Lo que se impone inmediatamente después es investigar si esto no ocurrió azarosamente en casos individuales ni por razones léxicas. Es decir, si no fueron palabras aisladas, sino literalmente determinados sufijos

los que entraron en la nueva clase, y precisamente, en parte significativa de los casos, los que faltan en el registro de los antiguos neutros.

Cabe preguntarse el por qué de este proceso de selección o preferencia de unos temas flexionales en detrimento de otros en la protolengua. Y una posible respuesta es que en algún momento, por razones semánticas o funcionales de difícil aclaración, existió una tendencia a distinguir el nombre raíz de sus primeros derivados neutros, lo cual era fácil en el caso de *-nt*, *-mn*, *-es/os*, etc., pero no, tal vez, en *-r*, *-n* o *-i*, que además quizá se sentía en relación con una marca de locativo de origen diverso, probablemente no laringal (cf. el caso de **upéri*, —frente a *super*, ὑπέρ— donde probablemente tenemos una aglutinación de este elemento *-i* sobre un neutro de las características que venimos describiendo).

Si esto era así, es posible, incluso, concebir que uno de los factores causantes de la creación de la declinación heteróclita fuera la reacción del sistema ante el escape funcional de estos sufijos, mediante un recurso de diversificación interna del tema, que servía para mantener la distinción, cualquiera que ésta fuera, de éste con sus derivados paralelos y con el propio nombre raíz.

No es difícil imaginar el destino de muchos «neutros» adverbiales en laringal: sus diversas soluciones fonéticas de época dialectal, diptongos y vocales largas, se suelen concebir, tradicionalmente, como casos oblicuos de un nombre raíz (griego ἄνω) y no como temas derivados, restos de una etapa semi-flexiva sin distinción de casos nocionales.

Un dato a favor de la posibilidad de que sean temas puros y no casos es que en las lenguas, junto a uno de estos adverbios, donde como decimos, esta terminación es etimológica y no-desinencial, suele constituirse un grupo reducido de adverbios donde no es ya sino un sufijo.

Ahora bien, el proceso analógico extenderá el sufijo no en la función que normalmente se le atribuye cuando se lo concibe como caso originario, sino en aquella de la que ha sido contaminado por la forma del adverbio de donde parte la extensión analógica.

Así, tenemos griego κάτω frente a ἄνω, o las formas germánicas locales de terminación analógica de una palabra que conservamos en gótico *faúra* = griego παραί. La forma de la que parte el proceso analógico tiene, en ambos casos, un significado espacial concretamente locativo por razones que, con toda probabilidad, tienen que ver:

a) Con la raíz misma, en cuanto a la determinación semántica o deíctica más general («espacio sobre o junto a», etc.).

b) Con una especialización secundaria, dentro de formas de la misma raíz, de variantes fonéticas del mismo sufijo laringal o incluso de sufijos diversos, especialización que puede ser antigua o idiomática (cf. *παρά, παρὰ, περί, πρὸς*, etc.); contribuye a la especificación nocional de la raíz y a su entrada en diversas clases léxicas.

c) Con la auténtica función originaria del sufijo, sólo, según creemos, en el caso de la *-i* final de *φαῖρα* = *παρὰ*, siempre que se pueda demostrar que esta *-i* es la antigua *-i* locativa (cf. supra **upéri*) y no el tema puro de un antiguo neutro en *-i*, (rehecho en *παρὰ* sobre un tema en laringal). Obsérvese, sin embargo, que esto sólo vale para lo que en sincronía es ya solamente parte del sufijo extendido **-ai* (gótico *-a*, griego *-αί*).

Según esto, no parece que el significado de la forma de donde parte el proceso se vea afectado por una supuesta terminación casual, tradicionalmente considerada de instrumental en el ejemplo de *ἄνω* y directiva o dativa en *-a* = *-αί*, puesto que esto no se refleja en los datos que tenemos. Esperaríamos que un elemento con función sintáctica en una etapa modificara decisivamente el significado de la forma a la que se unía, en la etapa siguiente, cuando ésta ya no conocía variación flexiva.

A su vez, las formas resultantes de la acción analógica reciben de la forma base, a través del sufijo extendido, su especificación semántica, de locativos en nuestro ejemplo, especificación que no tiene que ver, como queda dicho, con una desinencia indoeuropea.

La causa última de la extensión analógica sería precisamente el aprovechamiento, por parte del hablante, de un elemento final casi único en el grupo adverbial, y, salvo coincidencia fonética, inexistente en el paradigma, pero de potencial rendimiento funcional.

No es nuevo el intento de explicar dificultades fonéticas o variaciones curiosas, en las terminaciones adverbiales, por medio de laringales; pero no se ha aprovechado para plantear una reducción de posibilidades en etapas previas, como postulábamos en 4.1., sino para engrosar el cómputo de los «casos» indoeuropeos (Wilbur, 1963) o para aumentar los problemas de economía en la identificación de procesos de formación de palabras, mediante sufijos «ad hoc», inclasificables y sin papel reconocible desde punto de vista alguno, aunque eventualmente adecuados para casos individuales (Hamp, 1954).

4.3.3.2. Por otro lado, no se puede descartar la posibilidad de que determinados sufijos tendieran a la no-paradigmaticidad por infección, es decir, por atribución al sufijo de la noción expresada por la raíz, en algunas palabras concretas en que aparecían. Así, muchos de estos «potenciales antiguos neutros» entrañan un contenido espacial o, en general deíctico, y no simbólico, que ha impedido su desarrollo nominal a pesar de tener como base una raíz trilitera. Es el caso de $\acute{\upsilon}\pi\epsilon\rho$, $\acute{\alpha}\nu\omega$, etc. y, por ejemplo, de indoeuropeo $*H_1\acute{\epsilon}pi$, alrededor del cual Hamp (1981) se molesta en reconstruir un flexión entera, de la que $-i$ sería el locativo. Si el significado originario era algo así como «superficie», hay que preguntarse por qué no sobrevivió $*H_1\acute{\epsilon}ps$, $*H_1\acute{o}ps$, como tal sustantivo, en parte alguna.

BLANCA PRÓSPER

BIBLIOGRAFÍA

- Bartholomae, Chr., 1889: «Arisches», *BB* 15, págs. 1-43.
- Beekes, R. S. P., 1986: «Indo-european neuters in $-i$ », *Festschrift Hönigswald*, Tübinga, págs. 45-57.
- Benveniste, E., 1935: *Origines de la formation des noms en indo-européen*, París.
- Hamp, E. P., 1954: «Gothic *iup*: ' $\acute{\alpha}\nu\omega$ '» *MLN* 69, págs. 39-41.
- , 1981: «Indo-european ' $*(H_e)op$ '», *MSS* 40, págs. 39-60.
- Haudry, J., 1982: *Préhistoire de la flexion nominale indoeuropéenne*, Lyon.
- Hirt, H., 1896: «Zu den indogermanischen Auslautgesetzen», *IF* 6, págs. 47-79.
- , 1927-1937: *Indogermanische Grammatik I-VII*, Heidelberg.
- Kuryłowicz, J., - Mayrhofer, M., - Cowgill, W., 1968-1986: *Indogermanische Grammatik I-III*, Heidelberg.
- Szemerényi, O., 1970: *Einführung in die vergleichende Sprachwissenschaft*, Darmstadt.
- Villar, F., 1974: *Origen de la flexión nominal indoeuropea*, Madrid.
- , 1981: *Dativo y locativo en el singular de la flexión nominal indoeuropea*, Salamanca.
- Watkins, C., 1965: «Lat. *nox* 'by night': a problem in syntactic reconstruction», *Symbolae linguisticae J. Kuryłowicz*, Breslau, págs. 351-58.
- Whitney, W. D., 1882: «General considerations on the indo-european case-system», *TAPhA* 13, págs. 89-100.
- Wilbur, T. H. (1963): «The Germanic interrogatives of the 'how' type», *Word* 19, págs. 328-34.